



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 8 - Año 2008

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



HISPANIA NOVA

<http://hispanianova.rediris.es/>

■ **Carlos Rilova, *Los bienes relictos de Antonio Cánovas del Castillo. Algunas notas sobre la novela histórica en el bicentenario del 2 de mayo de 1808.***

RESUMEN

El trabajo trata de determinar hasta qué punto la novela histórica editada en España con motivo del Bicentenario de la Guerra de la Independencia refleja esos hechos de manera veraz para un gran público, o si por el contrario, ofrece una visión de los mismos deformada por una historiografía superada a nivel académico hace tiempo.

ABSTRACT

The paper tries to explain how some historical events – i. e. the Peninsular War – have been correctly reflected through recent novels focused on this affair.

Los bienes relictos de Antonio Cánovas del Castillo. Algunas notas sobre la novela histórica en el bicentenario del 2 de mayo de 1808.

Carlos Rilova
Universidad del País Vasco

“Ahora, en la cúspide de este largo calvario, en la capital todos estamos a la deriva. Agentes secretos de todos los bandos, pagados o chantajeados, hacen correr rumores de derrota, fomentan revueltas, malquistan a los súbditos con cualquier gobierno que se forme.

(...)Hay que acabar con la pretensión de cada súbdito español de gozar de derechos, de respeto, de dignidad. Que se convenza de que su destino no le importa a nadie y, por tanto, no puede esperar ayuda. Debe sentirse traicionado por todo y por todos, y odiar”

Secretum. RITA MONALDI Y FRANCESCO SORTI

I. INTRODUCCIÓN

Recientemente se ha publicado un interesante libro firmado por el profesor Emilio Ramón García que, tal y como confiesa el título de la obra, trata de la evolución de la novela histórica española escrita y difundida a partir del año 1975, tras el fin de la Dictadura franquista¹.

Las reflexiones del profesor García sobre esa cuestión resultan sin duda pertinentes. De hecho no deberían ser pasadas por alto por ningún historiador. A pesar de que su análisis se basa en determinadas filosofías de la Historia que -como la de un sobreabundantemente citado Michel Foucault- tienen el defecto de hablar desde un podio demasiado teórico, y no basándose sobre datos empíricos, obtenidos a partir del trabajo en archivos o en excavaciones arqueológicas.

Pero, dejando aparte ese matiz, la conclusión general de la obra del profesor García merece, sin duda, una atención especial. Llama mucho la atención, en efecto, el balance final que este autor hace sobre la novela que él considera histórica, escrita en España tras la muerte del general Franco. Y la llama, sobre todo, por su optimismo.

¹ GARCÍA, Emilio Ramón. *De las Olimpiadas de Barcelona a la ley de memoria histórica. La revisión de la historia en la novela histórica española*. Nausicaä. Murcia, 2007.

En efecto, el profesor García considera plenamente superada en ella viejos ribetes decimonónicos. Principalmente la correosa visión de la Historia española sostenida, y no enmendada en más de un siglo y medio, sobre la Pseudohistoriografía -llamémosla así en aras de la precisión- elaborada por el erudito cántabro Marcelino Menéndez Pelayo en su demasiado recordada *Historia de los heterodoxos españoles*.

Esa que, como el propio profesor García nos indica -señalando lo que ya se ha hecho obvio hace tiempo-, supuso el principal cimiento del discurso, tanto político como historiográfico, de una Derecha española que durante años (no sería exagerado afirmar que desde ese 1808 que ahora conmemoramos), ha tratado de imponer esa visión del desarrollo histórico español. De hecho, consiguiéndolo, *manu militari*, durante cerca de cuarenta años, tras la Guerra Civil que el país sufrió hace ahora poco más de setenta.

¿Ha pecado el profesor García, como decía, de excesivo optimismo al hacer esta afirmación, o ha acertado plenamente en su juicio?

A esa pregunta podría responderse que, en efecto, su juicio puede resultar enteramente acertado... si consideramos únicamente las cuatro novelas -*Autobiografía del general Franco*, *Tras el último azul*, *Las máscaras del héroe* y *El abrecartas*- que Emilio Ramón García ha convertido en el eje de su análisis.

Sin embargo, quizás el optimismo del profesor García podría resultar excesivo si a la primera pregunta -y a su respuesta- añadimos dos o tres más, que vendrían al hilo de la avalancha de títulos que el bicentenario del 2 de mayo de 1808 ha producido sobre la Guerra de Independencia, durante la cual -en eso parece de acuerdo todo el mundo- nace la España contemporánea que hoy conocemos.

En efecto, ¿puede decirse de novelas como esas que han superado los lastres de los que hablaba el profesor García? ¿Queda en ellas algo de los bienes relictos de la herencia ideológica de un, por ejemplo, Antonio Cánovas del Castillo, aquel primer ministro, él mismo escritor de novelas históricas, que afirmó, según dicen, que "español era todo aquel que no podía ser otra cosa"? En definitiva, ¿subsiste o no en libros como esos esta herencia verdaderamente envenenada que alimentó una tóxica Historiografía, como la ya mencionada de Marcelino Menéndez Pelayo?².

² La frase de Cánovas, quizás no pronunciada nunca, pero, tal vez, no por eso menos sentida en su fuero interno, no resulta fácil de localizar. Menos aún después de la especie de depuración que el hombre y su sistema han experimentado en España desde mediados de la década de los noventa del siglo pasado. Pueden encontrarse indicios de ella en BURNS MARAÑÓN, Tom. *Hispanomanía*. Plaza y Janes. Barcelona, 2000, p. 131, pero, al parecer, en ese año, ya había pasado la hora de mostrar a Cánovas tal y como en realidad fue. Burns Marañón señala en esa parte de su, por otra parte, sensato trabajo, que Cánovas veía los males de España, pero para remediarlos. Porque se tomaba en serio al país, a diferencia de críticos extranjeros como sir Arthur Wellesley. Sobre el proceso por el cual Cánovas es, por así decir, depurado, puede resultar de gran interés un artículo casi profético del profesor Miguel Martínez Cuadrado. MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. "La Restauración canovista", en *Historia* 16, Extra III, junio 1977, pp. 66-67.

Trataremos de encontrar respuesta para esas preguntas en las páginas que siguen. Fundamentalmente analizando dos novelas recientes que tienen como tema la guerra napoleónica en España.

La primera de ellas es *La Gran Cifra de París*, firmada por el abogado y diplomático burgalés Julio Albi.

La segunda se titula *La derrota*, y ha sido dedicada, por Bocero de la Rosa, a conmemorar uno de los hitos de la Historia militar y política de España más escasamente tratados: la victoria del general Castaños sobre el mariscal Dupont en la localidad andaluza de Bailén en el verano de 1808.

Después de ese ejercicio tal vez podamos, en efecto, encontrar respuesta a esas preguntas y, sobre todo, a la que, en definitiva, las resume: ¿qué es lo que los lectores españoles habrán aprendido sobre la guerra en la que se forja la España actual entre el 2 de mayo y el 31 de diciembre de 2008?

II. LA GRAN CIFRA DE PARÍS. DOSCIENTOS AÑOS DE AMARGURA.

Debe ir por delante que todo lo que se dirá a partir de aquí sobre ambas novelas es, simplemente, un estudio de tipo historiográfico. En otras palabras, no se pretende analizar las virtudes literarias de la obra de Julio Albi o las de la de Bocero de la Rosa. Tan sólo determinar el punto de vista que ambos autores han transmitido a los lectores -de manera consciente o inconsciente- sobre la llamada Guerra de Independencia española.

Con respecto a la crítica literaria el autor de este trabajo puede decir más bien poco. En primer y último lugar porque no ejerce esa labor. Ni siquiera aspira a ella, desengañado hace tiempo por la famosa sentencia de Friederich Nietzsche sobre ese oficio.

Sin embargo, aunque sea como simple lector, si creo justo añadir que, desde el punto de vista estrictamente literario, la novela de Julio Albi, deja muy poco que desear y, sin duda, satisfará a lectores bastante exigentes.

Casi desde el principio se puede distinguir en su estilo, entre lo sarcástico y lo trágico, a un lector de Cervantes. Principalmente de "El Quijote". Y uno que ha sabido absorber el estilo del autor que se considera, aún hoy día, la base sobre la que se ha edificado el idioma español moderno.

Algunos episodios de *La Gran Cifra de París* revelan, con muy pocas dudas, a un autor que ha sabido aprovechar la lectura -y las enseñanzas literarias- de la más famosa de las novelas españolas.

Es el caso, por ejemplo, de la descripción que el autor hace sobre los orígenes y la carrera del capitán de Infantería Gaspar Príncipe, el protagonista, y narrador, de

los hechos que se novelan en *La Gran Cifra de París*. De manera más o menos involuntaria resulta difícil no recordar en ese hidalgo de provincias castellano, tan venido a menos que ya no está ni siquiera seguro de ser hidalgo, a la descripción que Cervantes hace de Alonso Quijano por boca de Cide Hamete³.

Esa impresión se refuerza aún más no tanto en los episodios de la novela como en algunos de sus personajes. Caso, por ejemplo, del escudero peculiar que el capitán recluta cuando desembarca junto a otros miles de soldados en el puerto gallego de Ribadeo, al regresar con el resto de la división del marqués de La Romana después de escapar de la trampa que los franceses les han tendido en Dinamarca. Se trata de un pequeño perro callejero que, combinado con algún personaje posterior, caso del mozo de cuadras Blas -deudor éste más bien de un lector de "Nuestra Señora de París" o de "El nombre de la rosa"-, realiza las funciones de Sancho Panza del singular capitán Gaspar Príncipe, al hacerse depositario de los secretos, las ideas y las opiniones del militar⁴.

Lo mismo puede deducirse de figuras como el sacerdote Anselmo Cañizares, que rescata a Príncipe cuando vaga sin rumbo después de la derrota de Espinosa de los Monteros. Una figura que parece haberse cultivado sobre el terreno abonado por Cervantes con el sacerdote que vela por las almas de aquel lugar de La Mancha, sin nombre, en el que vive, delira y muere Alonso Quijano⁵.

En ocasiones el homenaje a Don Quijote es sencillamente explícito. Como se puede deducir del fin, en combate con los franceses, de don Sebastián de las Hoces. Un antiguo correo del Rey semienterrado en la locura por causa de su alcoholismo y otro de los personajes con los que el capitán Gaspar Príncipe convive en la casa de postas de Dos Castillos, la aldea castellana en la que el cura Cañizares lo aloja y emplea después de su huida tras la derrota de Espinosa de los Monteros. La descripción que Albi hace del último combate del hidalgo autodefensado por el alcohol, remite, inmediatamente, al episodio del "Quijote" en el que el caballero de la Triste Figura se bate con varios pellejos de vino. Los mismos que en *La Gran Cifra de París* han sido sustituidos por mercenarios españoles al servicio de los franceses⁶.

Al margen de estos homenajes a la Literatura del Siglo de Oro español, tampoco puede decirse nada en contrario de los elementos básicos del relato. Los personajes son sólidos, mejor contruidos de lo que muchas veces se exigen los autores de novela histórica, que suelen tender -especialmente en los bien conocidos

³ ALBI, Julio. *La Gran Cifra de París*. Militar-Planeta. Barcelona, 2007, pp. 9-13.

⁴ ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 18-24 y 270. Albi ha escrito, esta vez como historiador, sobre el tema. Véase ALBI, Julio-STAMPA, Leopoldo. *Campañas de la caballería española en el siglo XIX*. ICHM. Madrid.

⁵ ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 81 y ss. Puede encontrarse un estudio muy detallado de esa batalla, aunque un tanto feroz con la figura de Rafael del Riego, participante en ella, en SAÑUDO, Juan José-STAMPA, Leopoldo-VELA, Francisco M.-CAMINO, Miguel Ángel. *Espinosa de los Monteros, 1808*. Researching & Dragona, nº 8, mayo 1999, pp. 92-112.

⁶ ALBI. *La Gran Cifra de París*, p. 269.

bestsellers anglosajones- a retratos planos. La intriga se mantiene también con solidez y la impresión general no es la de haber perdido el tiempo con un relato decepcionante en los aspectos literarios.

Hecho este, necesariamente, modesto juicio de estilo, pasaremos a considerar la obra desde el ángulo que interesa realmente a este trabajo que, como ya he señalado en el primer apartado de él, es, principalmente, determinar la calidad del conocimiento histórico sobre la Guerra de Independencia que Julio Albi facilita con *La Gran Cifra de París* a un número más o menos abundante de lectores españoles.

Los personajes de esta novela, como ya se ha dicho, no son literariamente planos. Eso, naturalmente, evita que lo sean en el aspecto ideológico. Una cuestión verdaderamente importante en un relato que se centra en un período tan vidrioso y resbaladizo a ese respecto como lo fue esta guerra.

En efecto, de Gaspar Príncipe para abajo, todos los protagonistas están muy lejos de componer un cuadro maníqueo al estilo del que podríamos encontrar primero en la *Historia de los heterodoxos españoles* y después, hasta prácticamente el año 1975, en múltiples manuales de Historia que, desafortunadamente, han educado en nuestro país a varias generaciones⁷.

Así los personajes españoles se muestran ambiguos en materia política. Aún dentro de un casticismo evidente y falsamente atemporal, edificado -en torno a ése y otros aspectos- por su oposición con personajes británicos, como el hermano de Patricia Trevelyan, la que parece ser el gran amor de Gaspar Príncipe⁸.

Es el caso, por ejemplo, de Estebáñez, uno de los habitantes de Dos Castillos, en principio descrito por Albi como un patriota furibundo pero absolutista. Después se revelará justo como la imagen opuesta de aquello que dice defender, ofreciendo un paralelo quizás algo oscuro con la figura de su admirado rey Fernando VII. Totalmente

⁷ Sobre esto véase MÉNEDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. CSIC. Madrid, 1992, pp. 923-928. También puede ser interesante a ese respecto, sobre el retroceso experimentado en los recursos mediáticos, o de cultura de masas, entre los años de la Transición y los actuales, PALACIO ARRANZ, Manuel. *La televisión durante el proceso democratizador* y RILOVA JERICÓ, Carlos. "Transición y televisión: La lección de Historia de los domingos a la noche. De la Formación del Espíritu Nacional a Curro Jiménez (1939-1977)", ambos trabajos en el *III Congreso Internacional "Historia de la Transición en España"*. Almería 26-30 de Noviembre de 2007". Respectivamente en "Ponencias", día 30 de noviembre, quinta mesa, (en prensa) y "Comunicaciones" (recurso electrónico), pp. 963-982.

⁸ Sobre la descripción del hermano de Patricia Trevelyan, ajustada, por su parte, a los tópicos universales sobre la nobleza inglesa, aunque entremezclado con ribetes más propios de una novela de Joseph Conrad, véase ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 49-50. Probablemente Albi ha tomado la idea para ambos personajes del bien conocido matrimonio de agentes ingleses, los Holland, que tanto influyen en la intervención de esa potencia en la Península. Sobre ellos véase, por ejemplo, el reciente trabajo del profesor Ricardo García Cárcel sobre la Guerra de Independencia, que incide especialmente en sus aventuras. GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo. *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de Independencia*. Temas de Hoy, Madrid, 2007, pp. 145-158.

entregado a la voluntad de Napoleón Bonaparte en su prisión de lujo del Castillo de Valençay⁹.

El enemigo, por otra parte, rara vez es descrito como un monstruo, como una figura deshumanizada. Lo vemos, por ejemplo, en el caso del comandante Duhart, enviado a Dos Castillos de guarnición, que compone otro complejo personaje -quizás uno de los más complejos de esta novela-, atrapado entre la lógica de una guerra sin cuartel y su endeble condición humana, que lo hunde moralmente después de ejecutar a un guerrillero español que, tal y como se describe páginas atrás en la misma novela, ha dado un trato verdaderamente bestial a los franceses con los que ha combatido y, sobre todo, y lo que es peor, a los que ha capturado prisioneros¹⁰.

Esos guerrilleros, por otra parte, especialmente “Trabuco”, el hombre que lidera la partida, son mostrados de un modo bastante realista, alejados de todos los tópicos mantenidos por la Historiografía que mana de la *Historia de los heterodoxos españoles*, que, si hacemos caso a alguna de las novedades editoriales aparecidas al hilo del actual bicentenario, pretende reafirmar, una vez más, su peculiar pica en el Flandes de los libros de Historia¹¹.

⁹ ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 96-98 y 319. La idea, sin embargo, no parece excesivamente nueva. Ya se describe algo similar en una conferencia pronunciada por el comandante de Artillería Juan Arzadun en el Ateneo de Madrid el 16 de diciembre de 1909. Consúltase Koldo Mitxelena Kultur Unea (desde aquí KMKU) Fondo Julio de Urquijo ARZADUN, Juan. *Los guerrilleros en la Guerra de Independencia*. Imprenta de Eduardo Arias. Madrid, 1910, pp. 16-20.

¹⁰ ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 216 y 225-228. Por otra parte el guerrillero también está justificado: han sido los franceses los primeros en deshumanizarlo con las brutalidades que han realizado sobre su familia.

¹¹ ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 164-170. Acerca del retorno de la idea de unos guerrilleros patriotas “puros”, con apenas alguna mancha de bandoleros en sus filas, véase MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando. *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de Independencia española (1808-1814)*. Algaba. Madrid, 2007. Una obra que, a pesar de su, en general, cuidadoso trabajo de síntesis, se aferra a una idea hace tiempo superada historiográficamente, documentos en mano.

A ese respecto puede resultar muy conveniente la consulta de la obra de Francisco Vela sobre la batalla de Bailén. En alguna de sus páginas se contienen observaciones bastante sensatas sobre lo que este autor considera interpretaciones “populacheras”, en sus propias palabras, acerca del papel jugado por las partidas de guerrilleros en la lucha contra Bonaparte. Una visión tópica de los hechos que oscurece las verdaderas dimensiones históricas de esa primera derrota de las tropas napoleónicas en toda Europa, así como el papel que juega en ella un ejército español, por lo general, como denuncia Vela, encasillado como inoperante y anticuado. Véase VELA, Francisco. *La batalla de Bailén. El águila derrotada*. Almena. Madrid, 2007, pp. 23 y 41. También puede resultar interesante RILOVA JERICÓ, Carlos. “Patria defendida a sangre y fuego. Cómo los vascos descubrieron que eran españoles (1808-1823)”. *Hispania Nova*, nº 3, 2003, en <http://hispanianova.rediris.es/HISPANIANOVA2003.pdf>, pgs. 126 a 153. Para el caso concreto de las partidas vizcaínas y su estrecha relación con el mundo criminal véase también ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, José Carlos-ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, Javier-SESMERO CUTANDA, Enriqueta. “Criminalidad y guerrilla vizcaínas en la Guerra de Independencia”, en VV.AA. *Le Jacobinisme. Bicentennari de la Revolució Francesa*. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona, 1989, pp. 249-254.

Sin embargo, Albi no mantiene con coherencia esa línea. En tanto algunos aspectos de su novela devuelven al lector una imagen más realista de los hechos, hay que concluir que otros sólo le escamotean los mismos o le confunden sobre su verdadera naturaleza.

Y si hablamos de escamoteos de hechos históricos en la novela de Albi, uno de los que más flagrantemente se delata en las hojas de *La Gran Cifra de París*, será el resultado político de los acontecimientos que desencadena la sublevación del 2 de mayo en Madrid. Esa revolución en toda regla, que da lugar a la moderna España parlamentaria y, más adelante, democrática.

Así Valderrabano, el tabernero de Dos Castillos, el personaje que el autor elige para ilustrar la aparición en España de revolucionarios que recogen el testigo de 1789, es descrito con unas tintas que no son las que más se ajustan a la investigación histórica elaborada durante largos años. En efecto, este personaje, que se deja lanzar a cada paso soflamas revolucionarias propias de un exaltado "sans-culotte", es retratado como un pobre diablo más o menos alcoholizado y obligado, como dice Albi por boca del capitán Príncipe, a sobrevivir contemporizando con unos invasores franceses a los que, como patriota, rechaza¹².

La realidad histórica sobre la que se ha hecho esa caricatura, aunque parezca casi un insulto a la inteligencia decirlo, es infinitamente más compleja. Sin embargo difícilmente llegarán a esa conclusión los lectores que tengan como fuente de sus conocimientos al respecto a *La Gran Cifra de París*. Cualquiera de ellos sacará la impresión de que la revolución que ha dado paso a nuestro actual sistema político, no ha existido. O ha sido creada -más bien por casualidad- a manos de personajes grotescos como Valderrabano¹³.

La presencia de personajes netamente positivos asociados al Liberalismo revolucionario bajo un tenue disfraz de afrancesado que cae pronto, como ocurre con el cura Cañizares, apenas consigue separar a la novela de Albi de posiciones como las defendidas por Marcelino Menéndez Pelayo. De hecho la línea de separación resulta a veces tan tenue -recordemos otra vez al borracho tabernero Valderrabano, adalid de la revolución- que es casi imposible distinguirla de las líneas que el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* dedica en su día al episodio de la llamada Guerra de Independencia.

Aparte de esos escamoteos o deformaciones, que parecen ser deliberados, producto de la ideología personal del autor, el lector de la obra de Albi saldrá con una

¹² ALBI. *La Gran Cifra de París*, pp. 98-100 y 319.

¹³ Sobre el carácter revolucionario de los hechos que se desencadenan a partir de 1808, por sólo citar el trabajo de síntesis más reciente en el que se resume, en general, todo lo dicho al respecto hasta el año 2007, GARCÍA CÁRCEL. *El sueño de la nación indomable*, pp. 292-295. Para una comparación del proceso desatado en España con el que se sigue en otros países europeos a partir de esas fechas, casi igual de dificultoso, véase, por ejemplo, HOBBSAWM, Eric J. *Las revoluciones burguesas*. Labor. Barcelona, 1987. Véase también lo señalado a partir de la nota 31 de este mismo trabajo.

impresión confusa sobre el conjunto de los hechos que tienen lugar en España a partir de 1808.

En efecto, Albi no se recata en escribir con *La Gran Cifra de París* una página más de lo que en su día Tom Burns Marañón llamó *Hispanomanía*. Ese curioso proceso mental por el cual la “intelligentsia” española se dedica a exaltar lo ajeno y a execrar lo propio. Especialmente por lo que se refiere al papel jugado por España como potencia militar¹⁴.

Así las cosas, desde un final abierto -que quizás es sólo parte de una estrategia comercial, para prolongar la novela en una serie que llegue, tal vez, hasta 2014-, *La Gran Cifra de París* se cierra con la derrota personal y colectiva de Gaspar Príncipe, incapaz de asegurar una victoria a los ejércitos españoles reorganizados tras los fiascos de Espinosa de los Monteros y Tudela, que siguen directamente a la victoria de Bailén¹⁵.

La Gran Cifra de París vuelve a servir en su final, en efecto, la consabida ceremonia de la confusión con respecto al verdadero papel que ocupa España, como potencia, después de la crisis del Imperio Habsburgo en 1659. El cuadro que Albi transmite en esas páginas finales es de desazón, de derrota, de amargura apenas paliada, de, en fin, un sentimiento trágico de España -por así decir- que como cualquier otra manía no tiene verdadero fundamento en la realidad. En este caso historiográfica

Es cierto que el autor nos despacha ese viejo -de hecho rancio- vino en odres nuevos, situándose en la estela de muchos otros autores que se han ocupado, literariamente o no, del tema. Sin embargo eso no mitiga, en absoluto, el flaco favor que desde sus páginas se hará a quien se acerque a ellas para aprender algo sobre la Historia de la Guerra de Independencia.

Por ejemplo Albi se desmarca en *La Gran Cifra de París* de los que han sostenido, casi como un artículo de fe, que el apoyo inglés fue esencial para sostener la guerra, y ganarla, y el esfuerzo español poco menos que auxiliar, cuando no contraproducente y catastrófico.

En efecto, Albi describe el apoyo de esos ejércitos a la causa española rebajándolo a algo ambiguo y descoordinado, un retrato, en términos históricos, mucho más acorde con la realidad que podemos documentar. Aún más: en ocasiones clave, la ayuda británica ni siquiera existe. Tal y como recuerda Gaspar Príncipe a uno de sus interlocutores, el Mayordomo de Propios de Palencia, don Asunción Bustamante, que sirve de enlace al capitán con las Juntas patrióticas y los ejércitos aliados en esa zona mientras continúa su labor de espionaje a favor de la causa nacional. Un individuo, Bustamante, que Gaspar Príncipe ve como miembro de “una más de las variadas sectas que cría la tierra hispánica”: la de aquellos que se dedicaban, sin

¹⁴ Véase BURNS MARAÑÓN. *Hispanomanía*.

¹⁵ ALBI. *La Gran Cifra de París*, p. 392.

perjuicio de la exaltación propia de su patria de campanario, a admirar los logros de otros europeos, en este caso los británicos, a fuerza de rebajar los méritos de los españoles de un modo más bien irracional¹⁶.

A éste personaje, Príncipe le recordará que mientras los ejércitos nacionales, a duras penas levantados y mantenidos, se baten a solas contra los napoleónicos, los británicos están, en sus propias palabras, “acochinados” en Portugal, sin atreverse a salir a dar una de esas batallas que, como ya se ha dicho, han pasado a convertirse en decisivas en muchos libros. En definitiva, Albi no se hace eco del olvido, tan común, de un hecho obvio: que los británicos hicieron la guerra con los españoles porque no podían hacerla solos¹⁷.

Esas observaciones que Albi pone en boca de Gaspar Príncipe, que, como decía, sitúan en un lugar históricamente más exacto la contribución inglesa a la Guerra de Independencia, vuelven a repetirse cuando el capitán prepara su último y definitivo -o eso creerá él- golpe contra el invasor napoleónico. Ocurre en el momento en el que el militar español discute afablemente con Patricia Trevelyan, su amante británica, que se ha revelado, además, como un eslabón esencial en las labores de espionaje que Príncipe realiza en beneficio de los ejércitos aliados. Antes de despedirse de ella, después de uno de sus encuentros amorosos, Príncipe le recuerda el desastre de La Coruña, cuando el general Moore debe reembarcar sus tropas después de la derrota, sin paliativos, que ha sufrido en Espinosa de los Monteros...¹⁸

Sin embargo, ese discurso de Príncipe se derrumba como un castillo de naipes cuando llegamos a ese final de la novela que, como decía, puede ser tanto definitivo como producto de una estrategia comercial para prolongar la serie hasta, digamos, 2014.

En ese punto clave de la novela, Albi devuelve bruscamente a los lectores al viejo terreno del pesimismo hispanomaniaco. El capitán ha quedado como un soberbio bocazas, todo lo que ha dicho, incluidas sus opiniones sobre el papel de los británicos en la guerra, es desmentido por la derrota de la que es testigo y a la que ha contribuido con su ciego orgullo. Así, el caudal de las palabras de Albi vuelve al viejo cauce excavado para escribir nuestra Historia desde el siglo XIX. España, salvo la Gerona a la que decide retirarse Príncipe a exonerarse de su errada conducta, es

¹⁶ ALBI. *La Gran Cifra de París*, p. 280.

¹⁷ ALBI. *La Gran Cifra de París*, p. 281. Sobre esta cuestión puede resultar de interés contrastar lo que nos dicen Ricardo García Cárcel y Tom Burns Marañón, que hace una aportación verdaderamente interesante a partir del libro del embajador de la Segunda República en Londres, Pablo de Azcarate, en el que se desmontaban documentadamente todos los infundios que Wellington se deja decir sobre el papel de los ejércitos españoles en esa batalla. Completamente falsos, ya que la ayuda española, salvo 2.000 desertores, fue eficaz, profesional y ayudó, sin duda, a la victoria aliada. Véase GARCÍA CÁRCEL. *El sueño de la nación indomable*, pp. 145-158 y BURNS MARAÑÓN. *Hispanomanía*, pp. 116-117.

¹⁸ ALBI. *La Gran Cifra de París*, p. 337.

presentada como un harapo histórico a merced del primer ejército, británico o francés, que pase sobre él.

Se defrauda así, a tan poco precio, al lector que cree haber aprendido algo a través de las páginas de *La Gran Cifra de París* sobre la que, más adelante, se llamaría Guerra de Independencia española.

La realidad, si la comparamos no ya con documentos, sino incluso con novelas menos literarias que la de Albi pero mejor informadas, no tiene absolutamente nada que ver con ese cuadro -¿unamuniano?, ¿maeztuniano?- que él, en contra de afirmaciones anteriores, decide pintar como final de *La Gran Cifra de París*.

En efecto, *Libertad y Victoria*, una curiosa mezcla de ensayo histórico, firmado por Arsenio García Fuertes, y de novela histórica, debida al coronel José Navas Ramírez-Cruzado, basada sobre diversos documentos, ya había esclarecido, honestamente, desde el año 2004 -por tanto tres antes de que Albi publicase su novela-, ciertos hechos de la Guerra de Independencia.

En sus páginas es muy fácil informarse de alguno tan concretos -pero desconocidos u ocultados- como que el ejército español, especialmente sus cuerpos especializados, como la Artillería, jugaron un papel más importante que el de meros, y desastrosos, comparsas de los británicos.

En efecto el coronel Navas Ramírez-Cruzado y el profesor García Fuertes nos muestran a través de la hoja de servicios de uno de los oficiales de Artillería española presentes en La Coruña, que este cuerpo ayuda de manera sustancial a cubrir la retirada de Moore, permitiéndole con su sacrificio y el de sus piezas ganar dos días. Los mismos que aseguran a Gran Bretaña el rescate del único ejército del que dispone en esos momentos. El mismo que evita, al menos en cierto modo, su invasión, y asegura la reorganización en Portugal de la contraofensiva que culmina en Waterloo en 1815. Serie de circunstancias que en la novela de Albi quedan completamente opacadas¹⁹.

Cualquier documento de archivo, sin mezcla de Literatura, incluso elegido al azar, nos mostrará también una Historia de la Guerra de Independencia completamente distinta a la que se ha querido hacer pasar por verdadera en el final de *La Gran Cifra de París*.

Tomemos, por ejemplo, el historial del llamado 2º Batallón de Guipúzcoa. Si leemos las páginas de ese documento descubriremos, rápidamente, que la imagen de “noche oscura” que atenaza a toda España y de la que habla Albi por boca de Gaspar Príncipe, esa de la que sólo se salva Gerona, sencillamente no se sostiene en pie.

En efecto, esa unidad, el 2º Batallón guipuzcoano, y muchas otras tropas regulares, están operando, con mejor o peor organización, en toda la costa cantábrica más o menos en las mismas fechas en las que Gaspar Príncipe se dedica a llorar su

¹⁹ NAVAS RAMÍREZ-CRUZADO, José-GARCÍA FUERTES, Arsenio. *Libertad y Victoria*. Arenas. La Coruña, 2004, p. 147.

abatido orgullo. Ese que se ha atrevido a lanzar contra la ayuda británica lo que, finalmente, sólo parecen blandronadas. Las palabras del redactor del documento resultan elocuentes por sí solas.

Señala que durante la campaña del año 1810, el día 14 de octubre, este 2º Batallón, o Regimiento, pues así se califica en ocasiones, formado con entre 250 y 300 plazas, se embarca a bordo de dos fragatas inglesas que los conducen a Gijón. Allí, el día 16, en compañía del regimiento de Guardias Nacionales y del de las Encartaciones, logran desalojar del castillo de esa localidad asturiana a una guarnición de 400 hombres, a los que toman varios prisioneros y obligan a replegarse sobre Oviedo²⁰.

Operaciones como éstas continuarán hasta el año 1813. Cuando el último francés cruza la frontera del Bidasoa. No importan los reveses propios de toda campaña militar. Como la tormenta que dispersa a la flota en la que el 2º de Guipúzcoa es transportado hasta el puerto de Santoña, para continuar insurreccionando -como dice el redactor del Historial- toda la costa cantábrica²¹.

Esa, en definitiva, es la realidad que impera en la España de 1810. Una de lucha sin tregua entre regimientos como esos -con o sin apoyo aliado- y los invasores. Una muy distinta de la que se lleva a casa el lector de la página 392 de *La Gran Cifra de París*.

¿Hace falta recordar que la guerra la perdieron los franceses?, ¿qué la perdieron en multitud de frentes en los que tuvieron que enfrentarse a tropas como las del 2º de Guipúzcoa?. Resulta absurdo siquiera plantear preguntas como esas. Cualquier profesional de la Historia contemporánea española -y el propio Albi puede contarse en ese número- conoce la respuesta. Sin embargo, ¿puede decir otro tanto el lector de *La Gran Cifra de París* después de pasar su página final?.

Resulta difícil, como hemos visto, responder afirmativamente a esa pregunta. Albi y su personaje, desde luego, no dan muchas opciones al lector. El desfase entre sus rotundas afirmaciones de pintura negra y los hechos, tal y como podemos recuperarlos a partir de ensayos y documentos, es más que evidente. El corolario también: quién lea *La Gran Cifra de París*, sin otras referencias, no estará leyendo nada demasiado distinto a lo que en su día pudieron escribir plumas como la de Menéndez Pelayo o Cánovas del Castillo²².

²⁰ Consúltese Archivo General de Gipuzkoa-Gipuzkoako Artxiboa Orokorra (desde aquí AGG-GAO) JD IM 3 / 1 / 21 bis, tercera carpeta.

²¹ Consúltese AGG-GAO JD IM 3 / 1 / 21 bis, tercera carpeta.

²² Esa clase de errores también se amplifica, incluso más que en la novela de Albi, en ensayos históricos aparecidos con motivo del centenario. En ese aspecto resulta notable el firmado por Rafael Abella y Javier Nart. Véase ABELLA, Rafael-NART, Javier. *Guerrilleros. El pueblo español contra Napoleón (1808-1814)*. Temas de Hoy. Madrid, 2007, pp. 163 y 229-230. En esas páginas se acepta, por ejemplo, la versión de la batalla de Talavera que dio Wellington y se suprime casi cualquier referencia sobre la victoria de regimientos como el 2º de Guipúzcoa

Al lector de Albi sólo le quedarán, en definitiva, los bienes relictos de una apolillada Historiografía decimonónica, tan derrotista como falsa. En definitiva, no habrá aprendido apenas nada sobre la Guerra de Independencia española que comenzó ahora hace doscientos años.

¿Ocurre otro tanto con la novela de Bocero de la Rosa, *La derrota*?. Lo comprobaremos enseguida, a lo largo del tercer apartado de este trabajo.

III. LA DERROTA. MODERANDO ENTUSIASMOS.

La segunda, y última, novela que vamos a analizar en este trabajo se titula *La derrota*. Su autor, Bocero de la Rosa, y su editorial, Almuzara, ya dejan claro desde la portada misma que la materia del libro tiene, como tema principal, la primera derrota en toda Europa del ejército napoleónico²³.

Podríamos considerar todo esto, el tema, y la forma de presentarlo al probable lector del libro, como un buen comienzo con respecto a la tendencia observada en, por ejemplo, *La Gran Cifra de París*. Como vemos se ha escogido como eje del libro no una derrota del Ejército español -o de la nación en su conjunto- sino una victoria que, además, es la primera que sufren las hasta entonces invencibles tropas napoleónicas.

Sin embargo si nos planteamos, otra vez, la pregunta de si *La derrota* supone un avance o un retroceso en las coordenadas historiográficas que se han hecho fuertes, únicas e indiscutidas dentro de la novela histórica española posfranquista, la respuesta debe ser muy prudente.

Bocero de la Rosa sitúa esta primera derrota napoleónica dentro de un marco que nos aproxima, más de lo que nos aleja, a la visión pesimistamente falseada de la Historia española de la que ya hemos hablado en el primer apartado de este trabajo.

Así, lo primero que recuerda uno de los personajes que toma la palabra, un veterano de Bailén que habla para un historiador al filo del año 1858, es que el verdadero vencedor de la batalla fue “el general Reding”. Lo segundo, en esa misma página, que España estaba sumida en 1808 en una “terrible decadencia” de la que algunos esperaban salvarla a través de la alianza con Napoleón y, finalmente, también en esa misma página, que los mejores marinos españoles habían muerto en Trafalgar (lo cuál es exacto históricamente, hasta cierto punto) y que en esa batalla naval “se perdió la flota”. Algo que, por más veces repetido, es absolutamente falso desde el punto de vista de la investigación histórica. Como lo demostró con exactitud José Gella Iturriaga en el año 1974, en su discurso de admisión a la Real Academia de la Historia,

contra la guarnición de Gijón que, además, de tropas regulares pasan, inopinadamente, a convertirse en guerrilleros.

²³ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*. Almuzara. Málaga, 2007.

en el que llegaba a la conclusión de que no más de una docena de barcos, de cerca de 200, se perdieron en aquel encuentro²⁴.

La insistencia en ese tipo de argumentos, aunque sinuosa, es verdaderamente reiterativa a lo largo de *La derrota*. Especialmente al comienzo del libro. Así, su principal protagonista, el capitán De la Rosa, hombre que se esboza como ilustrado, un protoliberal, por así decir, rebate teorías habituales en la Historiografía de Menéndez Pelayo pero, finalmente, acaba por endosarlas y aceptarlas. Así se delata cuando vemos a este personaje y su entorno conceder que España se ha visto amenazada por períodos de decadencia. Como ocurre con los últimos Austrias... o durante el reinado de Carlos IV²⁵.

Quizás es aún más evidente esa aceptación en *La derrota* de presupuestos como los de Menéndez Pelayo, o los de un Cánovas del Castillo, cuando se describe el proceso revolucionario al que ha dado lugar la insurrección del 2 de mayo. El lector que se acerque hasta esas páginas, se llevará una impresión muy similar a la que podría haber sacado de la árida lectura de la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Así, según *La derrota*, lo que ha ocurrido en España en esas fechas no es, exactamente, una revolución sino un tumulto protagonizado por oscuras turbas, a las que algunos personajes eminentes, como el afable general Castaños, deben contentar con espectáculos sangrientos. Más concretamente, corridas de toros. Sólo muy simbólicamente se ven esperanzas de redención espiritual, por medio de los cambios sociales que precipitará el 2 de mayo de 1808, cuando algunos revoltosos piden al mismo Castaños que les deje entrar en el teatro en el que se está llevando a cabo una representación con fines patrióticos²⁶.

Y esa, en general, es la tónica predominante en esta novela. No puede negarse que *La derrota* se enfrenta a la rancia visión de la Historia que el profesor Emilio Ramón García veía en la novela histórica anterior a la muerte del dictador Franco. Hay sobrados ejemplos, algunos incluso explícitos, que dan el desmentido a ejes fundamentales de la línea de pensamiento de Menéndez Pelayo. Como, por ejemplo,

²⁴ Véase BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, p. 11. Sobre las observaciones de José Gella, GELLA ITURRIAGA, José. *La Real Armada de 1808*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1974, p. 21.

Curiosamente Julio Albi ha dedicado un ensayo a ese tema. Su conclusión general sobre todo el asunto es que la batalla y la guerra que le sigue es "ruinosa". Nada, pues, que deba sorprendernos. Aunque resulta verdaderamente curioso saber qué razones llevan a Albi a sostener que la Guerra de Independencia resulta más ruinosa para España que, por ejemplo, para Francia, que ve totalmente pulverizadas en ella sus expectativas de crear un Imperio sobre toda Europa. Ni siquiera Gran Bretaña se considera "ruinosa" tras haber perdido la mayor parte del suyo en 1783, luchando, entre otros adversarios, contra España. Uno que no crecerá significativamente hasta pasada la segunda mitad del siglo XIX y nunca, por cierto, a costa de las colonias que España retiene en su poder. Albi, por supuesto, nada sabe del trabajo de Gella Iturriaga. Desde luego no lo cita en sus fuentes. Véase ALBI, Julio. *El día de Trafalgar*. Seix Barral. Barcelona, 2005.

²⁵ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, p. 128.

²⁶ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, pp. 104-105.

la, por desgracia, bien conocida división en “buenos” y “malos” españoles. Una categoría esta última en la que el capitán De la Rosa sitúa no a los heterodoxos sino a los más ortodoxos habitantes de esta nación²⁷.

Otro tanto se puede decir de la descripción que *La derrota* hace de las operaciones militares en torno a Bailén que, poco, o nada, deben a unos guerrilleros que son más un peligro que una ayuda -o la única fuerza operativa a tener en cuenta, según el discurso inaugurado por Menéndez Pelayo- para las fuerzas regulares españolas²⁸

Sin embargo, excepciones como esas aparte, la impresión final que saca el lector de *La derrota*, no es muy diferente a la que, por un camino a veces opuesto, le podría haber conducido, como hemos visto ya, *La Gran Cifra de París*

En efecto, el mensaje -más liminal que subliminal- es el mismo. Catastrofista. De pintura negra. No se ve remedio en *La derrota* a esa España de 1808, atrapada por su multiseccular decadencia. Ese es el aire que se respira, por ejemplo, en las palabras de Bocero de la Rosa puestas en boca del farmacéutico -o, mejor dicho, boticario- Aguayo, cuando señala al capitán francés Grivel que la revolución francesa podría haber sido el espejo en el que se mirase la España en decadencia de Carlos IV. El bienintencionado personaje duda de que, aunque deseable, ese proceso sea aplicable al país. Principalmente porque teme que esa revolución sea, paradójicamente, demasiado revolucionaria. Un mensaje, cuando menos confuso, demasiado inconcreto y, lo que más nos interesa en un trabajo como éste, lejos de la realidad histórica y próximo a esa Historiografía rancia que algunos, como el profesor Emilio Ramón García, han dado por desaparecida, quizás demasiado pronto, de las páginas que hoy se leen en España²⁹.

Afirmaciones como la que asegura, al final de *La derrota*, que el capitán Gonzalo de la Rosa, de haber sido un personaje real, habría luchado en su día contra Fernando VII, comportándose como “un auténtico patriota”, resultan demasiado débiles, tardías, casi ocultas fuera del cuadro general de este libro, del que, en definitiva, se desprende la impresión habitual sobre la Historia de España. La misma que exuda *La Gran Cifra de París*. La de que “esto no tiene remedio”. Corroborada en *La derrota*, de principio a fin del libro, por afirmaciones tales como que la victoria de Bailén se debe, en realidad, a un general suizo al servicio de España -una afirmación sin sentido, pues Reding se limitó a ejecutar correctamente las órdenes que recibió del mando español- o que Castaños fue después derrotado en Tudela -olvidando mencionar que, como general en jefe, fue vencedor, definitivo, en San Marcial- y murió en la miseria³⁰.

²⁷ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, pp. 128 y 186.

²⁸ A ese respecto véase, por ejemplo, BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, pp. 170-182.

²⁹ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, p. 256 y también p. 306, en la que se iguala revolución a desorden.

³⁰ BOCERO DE LA ROSA. *La derrota*, pp. 361-364.

Esa, parece ser, en resumen, la impresión final que sacará el lector medio que se aproxime a *La derrota*. Una no mucho mejor, insistimos, que la que extraería de *La Gran Cifra de París*.

Así, las páginas de Bocero de la Rosa, como antes hemos visto en el caso de las de Albi, tampoco parecen poder -o querer- reflejar la realidad del proceso histórico que se desata en España desde ese mayo de 1808 que ahora conmemoramos. Si, como ocurría en el caso de *La Gran Cifra de París*, comparamos algunos de los contenidos de *La derrota* con la documentación de la época, comprobaremos que también en este caso hay un verdadero abismo entre los hechos y la ficción literaria.

Tomemos como ejemplo lo que Bocero de la Rosa decía sobre el proceso revolucionario abierto el 2 de mayo de 1808. ¿Realmente la revolución que detona a partir de esa fecha es poco más que una chusma a la que hay que entretener con toros?

La respuesta que podemos encontrar a esa pregunta entre los papeles de, por ejemplo, un hábil -aunque poco conocido- general de esa época, Gabriel de Mendizabal, es verdaderamente elocuente³¹.

Basta, apenas, con repasar algunas pocas cartas escritas por este militar de origen guipuzcoano durante los críticos momentos del año 1812, en los que la guerra da un vuelco favorable, prácticamente sin retorno ya, a las armas españolas, y, al mismo tiempo, se proclama y confirma el primer régimen parlamentario y constitucional de esa nación.

Hay, en efecto, frases muy esclarecedoras a ese respecto en las cartas que este general dirige a sus convecinos guipuzcoanos desde los distintos cuarteles generales en los que para, acantonado con las tropas aliadas que están minando la resistencia napoleónica en España. Es el caso, por ejemplo, de la que firma el 11 de noviembre de 1812 para expresar su contento a la Diputación de esa provincia por la jura de la Constitución proclamada ese mismo año en todo los pueblos guipuzcoanos

³¹ En efecto, falta aún la biografía de este militar de origen guipuzcoano, un fino estratega, curtido en combate de línea desde la Guerra de la Convención, que en Alba de Tormes rechaza por tres veces a la Caballería francesa formando cuadro con sus tropas y se encuentra al frente de otras acciones victoriosas, como la de San Marcial y la toma de Tolouse. De él sólo aparecen entre los fondos de la biblioteca de la Diputación guipuzcoana, su provincia natal, una muy breve biografía firmada por Francisco López Alen. Véase LÓPEZ ALEN, Francisco. "Un hijo ilustre de Vergara. Gabriel de Mendizabal e Iraeta". *Euskal-Erria*, tomo 53, 2º semestre 1905, pp. 362-365. Con alguna ligera discrepancia ese texto se reproduce en VV.AA. *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*. Auñamendi. San Sebastián, 1990, volumen XXVIII, pp. 40-41, donde Antonio Bengochea retrata la semblanza de este oficial vasco.

Los historiadores profesionales, por así llamarlos, contemporáneos de Francisco López Alen no tienen, al menos en privado, un gran concepto de su obra. Véase RILOVA JERICÓ, Carlos. *Vida del duque de Mandas (1832-1917)*, p. 126, (en prensa).

que se encuentran “libres de la dominación del vandalismo”, que es así como Mendizabal describe, de un modo muy gráfico, al invasor napoleónico³².

Una visión, la de los franceses como una turba de bárbaros opuestos a la civilización -representada aquí por una España constitucional y revolucionaria-, en la que el general incide en más ocasiones. Así, en esa misma carta, solicita a la Diputación guipuzcoana que le remita, a la mayor brevedad, los testimonios de que en sus pueblos se ha jurado la Constitución, para que él pueda remitirlos al “Congreso Nacional” y allí vean que “encontrándonos nosotros en el último de su septemtrion (sic), rodeados de feroces enemigos” nadie les excede en “Patriotismo y sumisión a las leyes, dictadas por toda la Nación congregada en Cortes Generales extraordinarias”³³.

Para no extendernos demasiado citaremos sólo otra carta más de las que Mendizabal escribe en esas fechas. Data de 22 de febrero de 1813. En ese momento este alto oficial ya está asentado con su cuartel general en el centro del territorio guipuzcoano³⁴.

Desde él, y antes de ser trasladado a otros teatros de operaciones, vuelve a darnos otra lección sobre cómo se está desarrollando el proceso revolucionario en España en esos momentos.

En su carta señala que nacimiento, educación e inclinación le hacen guipuzcoano y eso le lleva a mirar por la Libertad y propiedad de los habitantes de esa provincia y así autoriza a los municipios a la venta de terrenos de propios para sustentar el esfuerzo de guerra³⁵.

³² Consúltase AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 93, carta de 11 de noviembre de 1812. Me remito también a lo señalado en la nota 13 de este mismo trabajo.

³³ AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 93, carta de 11 de noviembre de 1812.

³⁴ Según las notas conservadas en el Fondo Apalategui de la Biblioteca Koldo Mitxelena de la Diputación guipuzcoana, extractadas de la “Historia” del general Gómez de Arteche, la presencia de Mendizabal en ese punto es transitoria, retirándose al poco tiempo y dando autorización para que la plata del santuario jesuita de Loyola pase a Bilbao y de ahí a Cádiz. Consúltase KMKU Fondo Francisco Apalategui 091 Apa doc. La referencia está extractada del tomo XIII de Gómez de Arteche.

³⁵ AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 93, carta de 22 de febrero de 1813. Sobre esas referencias a la propiedad en la Constitución doceañista véase GARCÍA CÁRCEL. *El sueño de la nación indomable*, p. 292. Dice este autor que es una referencia constante en la Constitución de 1812.

Sobre las ventas de propios, una cuestión verdaderamente llamativa, estaríamos ante un síntoma más de eso que el profesor Fernández Albaladejo llamó “Crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa”. Véase FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo. *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833*. Akal. Madrid, 1975. La venta de tierras concejiles para amortizar la deuda de guerra no era algo tan irrelevante como pudiera parecer y menos aún en esa provincia. Algo que se deduce fácilmente de algunas recientes investigaciones, como la realizada por el profesor Aragón Ruano, que nos describe un largo proceso de sordas luchas entre las instituciones provinciales y las oligarquías municipales para asegurarse el control absoluto sobre esos terrenos. Especialmente los de bosque. Véase ARAGÓN RUANO, Alvaro. *El bosque guipuzcoano en la Edad Moderna: aprovechamiento, ordenamiento legal y conflictividad*. Munibe, suplemento 14. Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián, 2001,

Es evidente, como vemos a través de estos documentos, que la revolución española de 1808, fue un proceso más complejo y, sobre todo, más refinado de lo que se ha reflejado en las páginas de *La derrota*. Nada que ver, desde luego, con un populacho desbordado al que habrá que entretener con toros y dejándoles sentarse en la platea de un teatro. Precisamente, como hemos visto, la imagen que de ella ha querido destacar Bocero de la Rosa, endosando, una vez más, en ese punto y en muchas otras páginas de su novela, los ejes de la doctrina de ese Menéndez Pelayo que el profesor Emilio Ramón García, lo decíamos en la Introducción de este trabajo, creía ya enteramente desaparecido de la novela histórica postfranquista...

IV. CONCLUSIONES.

Como acabamos de ver a través de un análisis, necesariamente somero, de *La Gran Cifra de París* y *La derrota*, las perspectivas con respecto al aprendizaje sobre la Guerra de Independencia española que de ellas puede extractar un lector medio no son demasiado halagüeñas.

Muy probablemente los que se acerquen a esas dos obras saldrán de este bicentenario con una sensación amarga de derrota, casi totalmente ajenos a conocimientos históricos exactos y creyendo que todo lo que ocurrió fue producto de un pueblo bestial, inculto, cerrilmente católico, que se enfrentó a Napoleón sólo porque era feliz en sus tinieblas seculares y no admitía que nadie abriera una brecha en esa oscuridad espesa.

Para el historiador, necesariamente, el balance no puede ser más decepcionante. Salvo las excepciones que hemos mencionado, en esas novelas se está arrumbando un considerable esfuerzo de investigación que, eclipsado por esta marea literaria, no alcanzará al público más allá del medio profesional. Alimentando así un diálogo circular, cerrado sobre sí mismo en el mundo académico y sus aledaños.

En pocas palabras la conclusión de este trabajo podría ser que los bienes relictos de Antonio Cánovas del Castillo, por no hablar de los de Marcelino Menéndez Pelayo, han ganado la batalla del gran público, infectando, a través de plumas como la de Julio Albi, Bocero de la Rosa y otros autores de novela histórica, el imaginario colectivo español de comienzos del siglo XXI con una imagen atrozmente falsa sobre la que fue la verdadera Historia de su nacimiento como nación.

Las consecuencias de esa anulación del uso racional, científico, del conocimiento histórico en el que, deliberadamente o no, se está incurriendo por parte de instituciones privadas del mundo de la cultura -con el concurso de las públicas en alguna ocasión- son difíciles de calibrar. Quizás, paradójicamente, la respuesta a ese

especialmente, pp. 165-181. Existe un estudio más específico aún sobre esta cuestión de la venta de Propios guipuzcoanos durante la Guerra de Independencia. Véase OTAEGUI ARIZMENDI, Arantxa. *Guerra y crisis de la hacienda local. La venta de Bienes Comunes y de Propios en Gipuzkoa 1764-1814*. Diputación Foral de Gipuzkoa. San Sebastián, 1991.

interrogante sobre ciertos usos de la Historia de España la podemos encontrar en otra novela histórica, no española, por supuesto. Precisamente la que servía de cita inicial a este trabajo, que traza la que bien podría ser la genealogía de esta curiosa -y peligrosa- forma de escribir y difundir la Historia de este país³⁶.

A ese respecto, y como materia de reflexión final, sólo mencionaré ya un documento más. Se trata de una carta verdaderamente curiosa. Fue escrita por un comandante del regimiento de Coraceros número 12 que había caído prisionero tras la derrota de Bailén. En ella ese oficial, de nombre Philipe Cristophe, daba cuenta a Su Excelencia, el duque de Dalmacia, aunque con cierto retraso -la carta está fechada en Sevilla en 27 de mayo de 1810-, de la peculiar conducta de uno de sus oficiales, el capitán Gabriel Marchand. Un verdadero antiheroe muy poco conocido por amigos o enemigos, del que, cometiendo un grave error -dado lo fascinante del personaje- nada cuentan prácticamente ni los libros ni las hojas especializadas de información sobre el universo bonapartista. Verdaderamente obsesivas cuando se trata de hablar de otra clase de figuras de lo que se ha llamado la epopeya napoleónica³⁷.

El comandante Cristophe contaba al duque que, “Así bien la capitulación de Bailén fue asentada por los Señores Generales de ambos ejércitos”, el capitán Marchand “se declaró abiertamente a favor del partido de los insurgentes”, (“Aussitot que la Capitulation de Baylen fut asseté par M M les Généraux des deux Corps D ‘armée, il se declara ouvertement pour le partie des insurgés”)³⁸.

No sólo eso, Cristophe recordaba que Marchand, no contento con pasarse al bando español, se dejó decir cosas nada agradables, y con verdadero encarnizamiento, del emperador y de toda -en palabras del coracero- “su augusta familia”. En vano sus superiores -y sus camaradas- trataron de persuadirle para que se sujetase a lo que el comandante Cristophe denomina como “los principios de honor y delicadeza que debían caracterizar a un francés”³⁹.

³⁶ Esa obra se centra en la época de la Guerra de Sucesión, un siglo antes de la Guerra de Independencia. Véase MONALDI, Rita-SORTI, Francesco. *Secretum*. Salamandra. Barcelona, 2006, pp. 529-533.

³⁷ Consúltese AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 87, carta de 27 de mayo de 1810. La ausencia de Marchand puede comprobarse en las páginas web de organizaciones como las de “Napoleonic-officers.net”, “Napoleon.org” y “Napoleon-series.org”. En ellas, los únicos Marchand que hacen acto de presencia son el “valet” de Napoleón y el general Jean Gabriel Marchand.

Tampoco aparece destacada la figura de este capitán en las obras más recientes sobre la Guerra de Independencia publicadas en España. Como la ya citada de Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable*, o la de Miguel Artola, *La Guerra de la Independencia*, publicada por Espasa en el año 2007. Ni siquiera en las más especializadas, como la ya mencionada de Francisco Vela sobre Bailén. ¿Quizás por falta de espacio, como el propio autor señala?. Véase VELA. *La batalla de Bailén*, pp. 145-152, donde se recogen numerosos detalles sobre el destino de los prisioneros tras la rendición y antes de que fueran concentrados en la especie de “gulag” en el que se convertirá la Isla de Cabrera. Algunos de ellos, en efecto, asesinados por la población civil.

³⁸ AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 87, carta de 27 de mayo de 1810.

³⁹ AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 87, carta de 27 de mayo de 1810.

Para entonces el capitán Marchand ya se había convertido en una curiosa figura: cuando están acantonados en Almería, trata de extender su espíritu de sedición entre sus compañeros y cinco compañías del 27 ligero que marchan prisioneros junto con ellos. Finalmente, y eso es lo que más nos interesa, dice el comandante Cristophe que el capitán Marchand acabó “por provocar a los habitantes de ese distrito a asesinar a sus camaradas” además de incitar a la desertión a la compañía bajo su mando⁴⁰.

Las aventuras de este inusual capitán francés no se detuvieron ahí, por supuesto, pero, sin embargo, basta de momento con lo dicho hasta aquí.

¿Cómo deberíamos considerar a Gabriel Marchand dada su incitación al asesinato de soldados franceses?. ¿Fue, aún sin saberlo, un español ortodoxo?. ¿El mismo que se ha descrito una y otra vez en libros con pretensiones históricas - manuales, novelas-, en los que el español-tipo, por así llamarlo, es una figura violenta y rústica?. ¿En qué parte exactamente de una novelística transida por los bienes relictos de Cánovas del Castillo, o los de Menéndez Pelayo, entraría una figura como ésta?.

En definitiva, ¿cuánta es la distancia que media entre las novelas históricas sobre la Guerra de Independencia española que se nos obliga a leer, sin alternativa, y hechos, y personajes, reales de esa misma época como el capitán Marchand y su tocayo, el general Gabriel de Mendizabal, que, como hemos visto, es de opinión y actos enteramente opuestos?.

Habría que responder que esa distancia es más que considerable. Si nos atenemos a lo habitual en esas páginas, el capitán Marchand, naturalmente, sería un español prototípico, apto para servir de modelo a Goya en cualquiera de sus grabados negros o en su famosa “Lucha a garrotazos”. Gabriel de Mendizabal, evidentemente, no daría la talla para ese manido papel.

Ambas figuras, en cualquier caso, son dos excelentes piedras de toque para medir la calidad de lo que se intenta hacer pasar por novela histórica en la España del bicentenario que, como vemos, poco tiene que ver con los hechos y sí mucho con una falsa y, en más de un aspecto, nociva, Historiografía. Por desgracia en absoluto desaparecida de un género literario más influyente de lo que, imprudentemente, se quiere creer.

⁴⁰ AGG-GAO JD IM 3 / 4 / 87, carta de 27 de mayo de 1810.